

La aportación de Joan Coromines a la filología vasca

J.L. ÁLVAREZ ENPARANTZA «TXILLARDEGI»*

Conocidas las impresionantes dimensiones de la investigación de Joan Coromines¹, sería fatuidad irresponsable por mi parte que, siendo yo simplemente un lingüista vasco, no especializado en las arduas materias relacionadas con la toponimia pirenaica, y en la fonología antigua de la lengua vasca, pretendiera daros aquí una opinión, a la vez global y pormenorizada, del portentoso lingüista catalán.

Pero no he querido hacer oídos sordos a la amable invitación de la Doctora María do Carmo Henriques, organizadora infatigable de estos encuentros en tierras gallegas. Y me limitaré a exponeros lo que mi conocimiento parcial, como ya he reconocido al principio, ha provocado en mi propia formación y en mis sentimientos. Creo que otros muchos euskaltzales dirían cosas parecidas.

Surge, en primer lugar, una corriente de gratitud: aun lateral en el contexto global de su obra, el trabajo investigador de Coromines en torno a la lengua vasca, ha sido ya *decisivo* en muchos aspectos. Y muy especialmente en éste bien concreto: en el conocimiento que hoy poseemos de la extensión geográfica, y de las características propiamente lingüísticas del euskera de hace 10 o 20 siglos.

Y surge, en segundo lugar, otra corriente paralela, de humildad científica: a la lectura de los trabajos de Coromines (y yo no he tenido la oportunidad hasta aquí de estudiar los nueve volúmenes de su gigantesco *Onomasticon Cataluniae*) todos nos sentimos, en mayor o menor medida, estricta-

* Euskal Herriko Unibertsitatea, UPV.

1. Comunicación presentada al «V Congreso Internacional da lingua galego-portuguesa na Galiza» (13-16 nov. 1996), dedicada a la figura de Joan COROMINES. El posterior fallecimiento del eminente lingüista catalán confiere a la publicación del trabajo el carácter de homenaje póstumo por parte de la redacción de FLV.

mente ignorantes. Y esta toma de conciencia se convierte en aguijón estimulante, para intentar ir mucho más allá en el estudio de nuestra propia lengua nacional.

Una opinión autorizada, la de Koldo Mitxelena, el mayor lingüista producido por el País Vasco hasta hoy, puede servirnos de introducción al tema: «la aportación de Coromines al estudio de la topinimia vasca... es decisiva para la historia de las hablas éuskaras... No puede haber exageración al afirmar que, desde el punto de vista vasco, la obra reciente de Coromines constituye la mayor novedad que desde hace bastantes años han conocido nuestros estudios» (Boletín R.S.B. de Amigos del País, 1966; 284).

Esta afirmación contundente, realizada hace ya treinta años, ha sido corroborada una y otra vez en los años posteriores; por lo que hay que proclamar claramente que la obra de Coromines es *esencial* para el conocimiento de la lengua vasca.

En un plano más personal, no tengo inconveniente en afirmar que la lectura de los trabajos de Coromines ha transformado profundamente mi visión diacrónica de la lengua vasca. Basta leer mi libro *Euskal Herria helburu*, pp. 35-58 especialmente, para cerciorarse de lo que estoy diciendo. (Dicho sea de paso, dentro de tres meses aparecerá «Objetivo Euskal Herria», versión castellana del mismo).

Padeciendo los vascos, como bien sabéis los más de entre vosotros, la división secular y la mutilación territorial del país, la lectura de Coromines constituye como una ráfaga de aire fresco en el rostro. Ya sabéis que nuestro pequeño país está reducido a un minúsculo coto folklórico-financiero: llamado antes «irurac bat», con /c/; y hoy, con harta impropiedad, «Comunidad Autónoma Vasca».

Desde tiempo inmemorial, y por razones esencialmente militares, los vascos nos hemos *refugiado* en el Pirineo y en sus regiones limítrofes, convirtiéndose las cuencas feraces del Garona y del Adur, al norte; y las del Aragón y el Ebro, al sur, en regiones de conflicto permanente, de invasión extranjera y de ocupación.

Los vascos intuimos esto desde siempre. Basta una excursión inocente por las tierras de la vieja «Vasconia doble: ibérica y aquitánica», pero con los ojos bien abiertos, y receptivos a la toponimia y a la antroponimia encontradas, para volver a casa con la convicción, solo intuitiva pero insuperable, de que a los vascos *nos han echado* de la mayor parte de nuestro solar originario.

Coromines, siguiendo en esto a su compatriota el medievalista Ramón de Abadal, nos confirma en nuestras presunciones con argumentos estrictamente lingüísticos, que él maneja, dada su aplastante erudición, con maestría y exactitud sorprendentes.

EMPEZARÉ POR UNA ANÉCDOTA

Desde hace muchísimos años tenía yo deseos de conocer *in situ* el celeberrimo monasterio ribagorzano de Obarra. Sabía, por mis lecturas, que el rey Sancho el Mayor de Navarra, a principios del siglo XI, había llegado hasta allí; y se había hecho con el control de aquellos valles, que eran todavía a la sazón (1025) euskaldunes, es decir, vascófonos.

Está cada vez más claro que Antso Nagusia había culminado una «reconquista», más o menos consciente, del solar vascón originario; empleando aquí esa palabra con mucha mayor propiedad que en otros casos que conocéis tan bien como yo.

A la llegada a Obarra, para ser sincero, me llevé una cierta desilusión. El edificio existente hoy (el principal de ellos, digamos) me pareció muy pequeño. Yo me esperaba una especie de Roncesvalles o de Leire oriental. Extenso, aun cuando fuera en estado de ruina, como ocurre con lo que queda del monasterio de San Victorián, junto a Arro, en el Sobrarbe vecino (y que fue también, lo recuerdo, otro feudo del ya citado monarca navarro).

Obarra me sonaba a vasco; pero *obarra* no significa hoy nada en euskera.

Pasaron varios años hasta que tuve la oportunidad de consultar detenidamente la «*Colección Diplomática de Obarra*» (siglos XI-XIII); publicada justamente en Pamplona (1964) por Ángel J. Martín Duque.

Y así me enteré de que Obarra no es sino el originario *Ubarra* castellанизado. El nombre aparece una y otra vez con /U/ a lo largo del siglo XI («Uuarra», «Huuarra» incluso). Y esto es decisivo para una persona con oído vasco. El vice-lehendakari actual del País Vasco se llama «Ibarretxe», pero todos conocemos algún «Ubarretxena»...

Ya el propio Mitxelena escribía en su obra «*Apellidos Vascos*», de 1953: «No es imposible que haya existido una forma occidental» **ubar*, var. de *ibar*... por ejemplo en *Ubarrundia*, en la Reja de San Millán (Ap. V., 156).

En realidad *ubar* no es tanto «occidental» como *periférico*. En la toponimia riojana (ver *La lengua vasca en la Rioja y Burgos*, 1978; de J.B. Merino Urrutia) aparecen varios *Ubarra*: en Bañares (58), en Alesanco (64), en Fresneda (73), etc..

Esta distribución geográfica del topónimo impulsa a suponer que *ubar* es probablemente anterior a *ibar*. Y que el *Ubarra* ribagorzano es simplemente una apelación vasca «de la primera generación», si se me permite la expresión. Una última observación al respecto: Obarra pasa por ser un «prado risueño»; y leemos (Dicc. Azkue): *ibar*= «vega».

Por otra parte, es extremadamente significativo que en la inscripción «aquitanica» de Lerga (no lejos de la frontera administrativa actual entre Navarra y Aragón) se haga mención justamente de un «*Abisunhar*», en el que el componente *Abi* (pueblecito casi despoblado a orillas del Esera, en Ribagorza) no es más extraño a oídos vascos que la palabra *sunhar*, normal en suletino actual (Dicc. Azkue, II, 236: olmo). (*h*)*abia*, significa *nido*, y *zumar* es el término guipuzcoano habitual para *olmo*.

Todo esto implica un nivel elevado de inter-comunicación, humana y lingüística, entre los diversos valles pirenaicos. *Abisunhar* es un término rigurosamente homólogo de *Usunaritz*; pero esta vez *Usun* es un término de la Navarra oriental, no lejos de Leire; y *haritz* es la palabra habitual para designar *roble*.

Hay decenas, cientos de *coincidencias estrictas* de este tipo en el Pirineo que no se hurtan a la atención de Coromines.

Y aquí tocamos ya una de las tesis centrales de Coromines que defiende la pervivencia, hasta muy avanzada la Edad Media, de una «isla lingüística» vascófona en el Pirineo, que podríamos situar, grosso modo, en Val d'Aran-Alta Ribagorza- Alto Pallars. En esa zona no hay «ni un solo topónimo de

origen árabe» (*Survivance du basque...*, Estudios de Toponimia Catalana, vol. 1, 118).

Esto nos lleva a un replanteamiento drástico de la geografía histórica de la lengua vasca. Hay presencia vasca clara en el Pirineo Central (e incluso en el Oriental, hasta el Col de la Perche). Las tierras bajas del Ebro en Navarra perdieron la lengua mucho antes que otras montañosas oficialmente catalanas; el Pirineo de Pallars fue vascófono hasta mucho más tarde que el Sobrarbe, situado justamente entre Navarra y Lérida. Parece que Arán y la Cerdaña fueron también avanzada vascófona en fechas anteriores. Al Este la frontera la marcaban las hablas ibéricas, que Coromines jamás consideró vascas, a pesar de coincidencias producidas por el contacto prolongado.

Coromines da nombres a esos dialectos pirenaicos, mal conocidos «por ahora»: «vasco-ribagorzano», «vasco-pallarés», etc.

Y concreta, por ejemplo, que el léxico del euskalki pallarés estaba «erdaldunizado» hasta un 50% aproximadamente: «le lexique de cet ancien dialecte haut-pallarais a dû être, à peu près, par moitié roman et basque» (Est. Top. Cat., I, 121).

Aun así, precisa Coromines, ese euskalki pallarés conservaba su fonología originaria: «les éléments romans y présentaient les déformations et les traits typiques de la phonétique historique du basque. Pas du catalan, ni, bien entendu, de l'aragonais» (*Survivance*, Est. Top. Cat., I, 121; 1958).

Algunas anomalías fonológicas aparentes (existencia, por ejemplo, de las oclusivas sordas p, t, k en inicial), son más arcaísmos vascos que innovaciones debidas a interferencia: «Res no ens permet d'afirmar que el basc de la Antiguitat mostrés la repugnància envers les sordes inicials T- i P- que endevinem a través del léxic basc modern, que només coneixem per les seves *survivències atlàntiques*» (azpimarraketa gurea da: Ver *Entre dos llenguatges*, Ed. Curial, Barcelona 1976; vol. 2; 140).

Hemos dado aquí, como ve el lector, el texto *original*, catalán, de Coromines; porque la versión castellana que publicó la revista Fontes L.V., en 1973, 13, 5-19, contiene varios errores de montaje (hasta algún párrafo «saltado»), lo que nos lleva a pedir a los lectores interesados que sigan el texto de Ed. Curiel, 1976.

Volviendo a las oclusivas sordas en inicial, señalemos el hecho bien conocido por los fonólogos vascos, de que en roncalés y en vizcaino, dialectos periféricos, también existen oclusivas sordas en inicial. Parece así otro resto fonológico arcaizante.

Basta echar ahora una ojeada al interesantísimo libro «*Toponimia euskérica en las Encartaciones*», del P. Sasía (discípulo del eminente P. Serrano) para descubrir análogos tendencias en el oeste de Vizcaya: *Kandiaga, Paraia, Kaona, Karde, Turanko* (Mena, XI), paralelos sordos de Gandiaga, Baraiazarra, Gauna, Garde, Durango, en zonas no periféricas.

Todo esto confirma la agudeza de los análisis de Coromines.

También merece señalarse la *asimetría* que descubre Coromines al norte y al sur de las crestas pirenaicas (algo que recuerda lo que conocemos del Cáucaso). Ribagorza y Pallars, meridionales, aparecen como vascófonos persistentes; en tanto que la Ariège norteña no presenta rasgos vascos en su toponimia: «Es possible doncs que a la *meitat oriental d'Andorra* hi hagués gent

de llengua diferent, *com la de l'Arieia*, on tampoc no es troben afinitats basques» (Top. Andorra, Ets. T.P., II, 37).

Pero lo más decisivo de los planteamientos de COROMINES no son los análisis toponímicos *puntuales* (audaces siempre, geniales y sorprendentes no pocas veces: *Estaguja/Estávar*; *Edors* (1072), *v. iturres*; *Ezerre* (839), *v. ekherri*; *Gallorsa*; etc., imposibles de resumir.

Un único desacuerdo, por mi parte: no creo que pueda sostenerse que «en basc antic “baix-navarrès” es diría “*benabar*”; ni que “*Benafarro* és el nom basc actual de l’anomenada Baixa-navarra” (Est., II, 61)» (?). Parece que Coromines toma ahí por «Baja-Navarra» (la llamada «Sexta Merindad», ultra-pirenaica), el área geográfica en que se habla *dialecto Bajo-Navarro* en la clasificación de Bonaparte, que no coincide con la Baja-Navarra «francesa». Y se deja impresionar por apelaciones dudosísimas y modernas.

Pero la explicación propuesta para *Err* (=Ezerre), a partir de Ekhi + herri, parece verosímil: *ekhi* (=sol) es forma suletina y oriental; y la no asibilación de la oclusiva sorda /k/, es fenómeno navarro en zonas próximas a Estella (*iken*, frente al habitual *izan*; verdadero eslabón intermedio entre *izan* y *ukan*, ambos auxiliares básicos en la conjugación perifrástica actual). Es sabido que en las regiones orientales de Navarra han subsistido, hasta la extinción de los dialectos, las formas no asibiladas de tipo *bekala*, frente a las generales tipo *bezala* (que es la escogida en el estándar llamado «Batua»).

Un buen resumen de la posición fonológica respecto al euskara pirenaico mantenida por Coromines puede encontrarse en la concisa reseña de Mitxelena (BRSVAP 1966, XXII, 283-290; 1996).

Insiste Mitxelena en que lo verdaderamente determinante en la demostración de Coromines es su estudio de los topónimos *de origen románico*; que, al sufrir alteraciones profundamente coincidentes con la observable en las zonas vascofonas, delatan la existencia en la región de una población plenamente euskaldún, que impone sus reglas fonológicas al material fónico que cae «en sus labios», si así puede decirse.

Solía ejemplificar Mitxelena esta idea central utilizando el topónimo navarro «*Guendearia*» (cerca de Zufá, zona de Estella, Navarra). La sonorización de la oclusiva inicial, y la caída de /n/ intervocálica (lat. *centenaria*) bastan para afirmar con rotundidad que los hablantes de la zona eran euskaldunes. Para Mitxelena, que sigue en esto a Coromines, esta prueba vale tanto como un testimonio directo y documentado de la praxis lingüística de la zona.

La impresionante lista de regularidades *fonológicas* (hasta una docena) que se señalan en el trabajo (*Survivance*, Est. T.C., I, pp. 120-142), y que fundamenta el lingüista catalán punto por punto, con listas consistentes de topónimos bien documentados, deja zanjado el asunto: en el Pirineo central y en parte del oriental (hasta el enclave de Llivia, al este de Andorra), se ha hablado vasco *hasta finales de la Edad Media*.

En la prohibición explícita, *por ordenanza municipal* de 1349, de hablar «bascuenz» en el mercado de Huesca, hallamos una confirmación explícita de la tesis de Coromines.

Hay otro extremo fonológico en que la intervención de Coromines ha contribuido a aclarar las cosas: en la Navarra oriental se ha producido el co-

rrimiento del acento hacia la derecha, y esto en tiempos lingüísticamente recientes. (Puede verse información a este respecto en mi propia tesis doctoral: *Euskal Azentuaz*, 1984; punto 3.4, pp. 270-273).

A las listas ya conocidas sobre este movimiento del acento, añade Coromines varias, extraordinariamente claras, comparando occitano-vasco antiguo-vasco actual. Quien quiera conocer el asunto con detalle puede referirse a «*De toponimia vasca y vasco-románica en los Bajos Pirineos*», Fontes L.V. 12, 1972; pp. 299-320. En los topónimos navarros (tipo Eáurta, *Ibízta*, *Orbáizta*, etc. se observa un fenómeno idéntico de desplazamiento hacia la derecha: Jaurriéta, Ibilziéta, Orbaizéta, etc.).

Pero voy a detenerme aquí, esperando que mis disgresiones fonológicas hayan podido ser seguidas por vosotros.

Gracias por vuestra atención.

Y gracias, sobre todo, en nombre de todos los euskaltzales, al eximio catalán en cuyo honor se ha reunido este Congreso.

LABURPENA

Lan hau Vigoko Unibertsitatean irakurria izan zen (1996ko azaroa), hizkuntza Galaiko-Portugesaren V. Nazioarteko Kongresuan, zoin eskainia izan baitzen sinbolikoki, aste gutxi geroago zendutako Joan Coromines Kataluniako hizkuntzalari ospetsuari.

Bertan aditzera ematen da, oso modu laburrean noski, Corominesen lanek duten garrantzia funts izugarrikoa Aragoi eta Kataluniako Pirinio aldean duela mende asko mintzatzen zen hizkuntza ezagutzeko.

RESUMEN

Este texto fue leído en la Universidad de Vigo (noviembre de 1996), en el V. Congreso Internacional de la Lengua Galaico-Portuguesa, que fue ofrecido, simbólicamente, al eminente lingüista catalán Joan Coromines, fallecido pocas semanas después.

En él se expone, de manera necesariamente concisa, la importancia capital de la obra de COROMINES para el conocimiento de la lengua vasca hablada hace siglos en los Pirineos aragonés y catalán.

RÉSUMÉ

Le texte ci-dessous a été lu à l'Université de Vigo (novembre 1996), à l'occasion du V.ème Congrès International de la Langue Galaïco-Portugaise; offert, symboliquement, à l'éminent linguiste catalán Joan Coromines, décédé justement quelques semaines plus tard.

Ici on expose, de façon nécessairement très condensée, l'importance capitale des travaux de Mr. Coromines en ce qui concerne la connaissance de la langue basque parlée il y a des siècles le long des Pyrénées aragonaises et catalanes.

ABSTRACT

This text was read at the University of Vigo in November 1996 during the Vth International Galician-Portuguese Language Congress which was dedicated, symbolically, to the eminent Catalanian linguist Joan Coromines, who died a few weeks later.

The text sets out, in a necessarily concise way, the capital importance of Coromines' work in making known the Basque language which was spoken centuries ago in the Aragonese and Catalanian Pyrenees.